

8º Domingo del Tiempo Ordinario (B)

**Jesús llama a una nueva mentalidad
para que su venida como Esposo pueda ser acogida en el gozo
Marcos 2,18-22**

1. Oración inicial

Danos tu Espíritu, Padre, para que en una verdadera conversión podamos acoger a tu Hijo que pasa por nuestra historia y así reconocerlo, nuestro pastor y maestro, como el Esposo que ofrece la vida por la humanidad. Danos una visión límpida, un corazón pronto para escuchar, danos el estar siempre preparados para colaborar en la alegría de nuestros hermanos. Te lo pedimos por Cristo, nuestro Señor. Amén.

2. El texto

¹⁸ Como los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando, vienen y le dicen: «¿Por qué mientras los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan, tus discípulos no ayunan?» ¹⁹ Jesús les dijo: «¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos? Mientras tengan consigo al novio no pueden ayunar. ²⁰ Días vendrán en que les será arrebatado el novio; entonces ayunarán, en aquel día. ²¹ Nadie cose un remiendo de paño sin tundir en un vestido viejo, pues de otro modo, lo añadido tira de él, el paño nuevo del viejo, y se produce un desgarrón peor. ²² Nadie echa tampoco vino nuevo en pellejos viejos; de otro modo, el vino reventaría los pellejos y se echarían a perder tanto el vino como los pellejos: sino que el vino nuevo, en pellejos nuevos.»



3. Lectura

Una mirada al contexto puede ofrecer mayor luz a nuestra lectura del pasaje. Estamos todavía al comienzo de la misión pública de Jesús, en Galilea; Él ya está expresando su enseñanza, sintetizado en 1,15: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed al evangelio", y después de haber llamado a sus discípulos, su actividad se caracteriza por las curaciones que se siguen. Es la obra del Mesías, que Jesús cumple con la reserva que lo caracteriza. Con la llamada de Leví (2,4) el publicano, pecador, Jesús abre una senda hacia un nuevo tipo de enfermos por curar "los publicanos y pecadores" y se sienta a la mesa con ellos. La unión con las otras actividades taumatúrgicas de Jesús es asegurado por sus mismas palabras: "No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos..." (2,17). Ahora la enfermedad es otra, más profunda: el pecado, la injusticia, la rotura de la fraternidad. Jesús ha venido a sanar todo esto. Precisamente está aquí la primera señal de rotura con el *establishment* judaico, encarnados en aquellos escribas pertenecientes a la escuela de los fariseos, escuela al parecer abierta y dinámica,

pero, como expresa la etimología de su nombre, obligados a estar "separados" en relación con el resto del pueblo.

La descripción de nuestro pasaje es muy descarnada: no hay un telón de fondo que pueda indicarnos el lugar u otras circunstancias. Todo el peso narrativo cae sobre los personajes y sus palabras.

"Los discípulos de Juan y de los fariseos": es el sujeto que da comienzo al episodio. Es interesante anotar la diversidad de estos grupos: el primero, el más espontáneo y menos organizado, signo de la resonancia de la obra del Bautista, menos ligado a lugares clásicos del hebraísmo; el segundo, más refinado e históricamente vencedor, capaz de sobrevivir en aquellos tiempos difíciles, que se distingue de otros grupos por su adhesión a la Ley, sea en cuanto codificada en el sagrado texto, como en la tradición interpretativa. Se encuentran unidos en la pregunta sobre la conducta de los discípulos de Jesús, una pregunta que esconde un claro reproche.

La respuesta de Jesús se compone como un pequeño discurso con cuatro elementos:

- a) una pregunta retórica con la propuesta de una imagen ("¿pueden acaso ayunar...?");
- b) la respuesta, también ella retórica, en línea con tal imagen ("mientras tienen el esposo con ellos no pueden ayunar...");
- c) un anuncio profético ("Pero vendrán días...");
- d) un proverbio semejante a una pequeña parábola ("Ninguno cose un pieza ...").

Es a partir de los dos últimos elementos cuando la pequeña parábola se convierte en propuesta explícita de positividad y éxito: "pero el vino nuevo en odres nuevos". El texto termina así, sin dar lugar a réplica por parte de aquéllos que han interrogado a Jesús: esto hace resaltar más todavía la autoridad de sus palabras.

4. Meditación

Preguntémonos antes de nada por el papel del ayuno en la sensibilidad religiosa hebraica en tiempos de Jesús. Junto a los otros dos aspectos clásicos, la oración y la limosna, el ayuno viene a constituir una señal distintiva en el ser hebreos, un base para la conservación de la identidad, tanto más en una tierra mixta como la Galilea de los Gentiles. Encontramos la práctica del ayuno en todo el Viejo Testamento, desde el libro del Éxodo a los profetas, y también en el Nuevo, como atestiguan las Actas de los Apóstoles (Act 13,2-3; 14,23). Se toma como una práctica de mortificación y penitencia (Sir 34,26; Jl 2,12), expresión de luto (Est 4,3), de humillación, de súplica (Dan 9,3), pero también de preparación y espera (Lev 23,14); es recordar que no se basta uno a sí mismo, es hacer la experiencia de depender de Dios, sea como pueblo (ayunos comunitarios), sea como individuos. Para Israel el ayuno coloca a cada quien en su puesto: el hombre se reconoce indigente y necesitado y por esto acude a Dios en su misericordia. Unido a la oración y a la limosna se convierte en una ayuda para la escucha de la palabra, un hacer memoria de los hechos de salvación, un encontrar de nuevo la confianza con el Dios justo y misericordioso y un abrirse a la solidaridad. Pero como toda práctica humana puede llegar a ser ambigua: el episodio de 1Re 21, nos muestra precisamente un ayuno que se utiliza para urdir un engaño y hacer morir a un inocente. Es en esta dirección en la que ponen los profetas la denuncia de una práctica a menudo desligada de sus profundas motivaciones.

También Jesús en este caso no disminuye la importancia del ayuno; sus palabras dan por descontado su intrínseco valor. Pero invitan a reconocer un dato más que a los que preguntan se les ha escapado: la novedad, la originalidad, la extraordinaria vivencia que sus

discípulos están viviendo. Jesús habla de una imposibilidad lógica de hacer penitencia, luto, espera, en tanto que el esposo esté con ellos. Existe un hoy inédito, de frente al cual los usos y las prácticas, también las contenidas en los textos inspirados e inspiradores están llamadas a dejar paso. De aquí parte la parábola nupcial. Los discípulos de Jesús estarían por tanto invitados a la boda, testigos de lo que está por venir, pero en el que ellos tendrán un activo papel.

Jesús es el Esposo, que luego se les quitará con la muerte en la cruz: profetiza, tanto el éxito de su recorrido, como una nueva conducta de los discípulos, marcadas por la humillación, por el luto, pero también por la espera. Y aquí se puede leer una referencia a la espera del alba de Pascua, como a otra espera que será la del definitivo retorno de Jesús, el tiempo de la Iglesia como tiempo de penitencia, ayuno anuncio.

Interesante puede ser la confrontación entre la redacción de Marcos y la de Mateo y Lucas para recordar algunos aspectos del ambiente vital en el cual y por el cual el Evangelio fue escrito: en Marcos emerge el eco de una consistencia, no falta de tensiones, pero fecunda y fructuosa, entre los cristianos de origen hebraico y los venidos del paganismo: todos, sin distinción, deben hacer su camino de conversión a Cristo y están llamados al doble comportamiento del gozo y de la vigilancia .

5. Algunas reflexiones

Del texto leído brotan sugerencias que pueden ayudar a nuestra forma de orar:

- El gozo que debe acompañar a la postura de alabanza, de acción de gracias, petición;
- El colocar siempre toda práctica en sus motivaciones más profundas, que son la relación con Dios y la disponibilidad al servicio según su proyecto;
- La necesidad de nuevos ayunos para nuestro hoy, para entrar más consciente y libremente en oración. La necesidad de ascesis (silencio, sobriedad, concentración) como sentido del límite humano y hacia la confianza en Dios.

6. Contemplación

Lectura de la realidad: del juicio a la misericordia.

Empeño en la realidad: de la atención al aparecer y del sentido del puro deber a la relación esponsalicia.

La vida de la Iglesia como vida esponsalicia: recuperar el sentido de la fiesta del "ya" como el sentido de la espera por el "todavía no".

7. Oración final

Señor Jesucristo, te damos gracias por el don de tu presencia, por tu ternura de Esposo con la cual te inclinas sobre nuestra miseria, sobre nuestros formalismos, para ayudarnos a comprender que sólo el amor del que nos has dado ejemplo es agradable a tu Padre. Gloria a ti, Señor, porque quien se confía a ti experimenta la seguridad de tu gracia y la inseguridad que nos hace humildes, sabedores de que no nos bastamos a nosotros mismos. Haz que escuchando tu palabra aprendamos a esperar tu Reino y a gozar desde ahora por todo lo que has preparado para nosotros. Ayúdanos a ser hermanos y a anunciar a todos que eres el Salvador, el Esposo de la Humanidad llamada a entrar en la fiesta de tu vida con el Padre en el Espíritu. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amen.